

CANTAR DEL DOMINGO DE RAMOS

Con el permiso de ustedes,
si nos prestan atención,
del misterio de este día
oirán la explicación.

Pues la iglesia nuestra madre
celebra todos los años
con preferencia notable
el Domingo de los Ramos.

Porque entró en Jerusalén
hoy, Domingo de las Palmas
con alegría y placer
el Redentor de las almas.

Caballero en su jumento,
en Jerusalén entraba,
y su Sagrado Colegio
humilde le acompañaba.

Sabiendo en Jerusalén
que venía el Salvador,
toda la gente en tropel
a recibirle salió.

Con flores, palmas y ramos
al encuentro le salían,
y todos amotinados
a grandes voces decían:

“Viva el hijo de David,
viva Jesús nuestro bien,
aquél que fue prometido
a nuestro padre Israel”.

¡Sálvanos en las alturas,
bendito seas, oh, Rey!,
príncipe de la hermosura,
gloria de Jerusalén.

Adornadas y brillantes
todas las calles están,
recorriéndolas triunfante
su Divina Majestad.

Las mujeres presurosas
por balcones y ventanas,
tiraban flores y rosas
por donde Jesús pasaba.

Del regazo de sus madres
los niños se desprendían
y con su lengua inocente
alababan al Mesías.

De armoniosos instrumentos
sonoras voces se oían,
que con suave y dulce acento
santo, santo rey decían.

Hacia el templo caminaba
nuestro divino Jesús
y cantándole alabanzas
le sigue la multitud.

Entrando Jesús al templo,
observó con gran cuidado
que estaban los atrios llenos
de tiendas y de mercados.

Mesas, sillas y dinero
por el suelo derribó,
y a tratantes y a banqueros
del templo los desechó.

Después que el templo examina,
con frases muy elocuentes
les explica la doctrina
a todas aquellas gentes.

Como ya se hacía tarde
y la noche se acercaba,
con sus discípulos vuelve
a recogerse a Betania.

Al otro día el Señor
a Jerusalén volvía,
a una higuera se acercó
que junto al camino había.

Viendo que sólo tiene hoja
el Señor le dijo así:
“Árbol maldito serás,
no nazca fruto de ti”.

Al templo se fue derecho
y allí estuvo todo el día,
sanando muchos enfermos
y explicando fiel doctrina.

Los pontífices, con esto,
llenos de rabia y envidia,
se buscaban el pretexto
para quitarle la vida.

Como así lo ejecutaron
luego, en el jueves siguiente,
que estaba en el huerto orando
cuando fueron a prenderle.

Y el que con glorias y vivas
y aplausos fue recibido,
es coronado de espinas,
azotado y escupido.

Hoy pasea caballero
nuestro amado y buen Jesús,
y en el viernes venidero,
cargado con una cruz.

Las calles de esta ciudad
que hoy recorre tan triunfante,
dentro de poco serán
arroyadas con su sangre.

Sigamos paso por paso
a nuestro amado Jesús,
dándolo todos la mano
cuando caiga con la cruz.

Y no dudemos, cristianos,
que siguiendo su camino,
a gozar con Él vayamos
por los siglos de los siglos.

EL LAVATORIO

Cuan humilde y amoroso
tomó una blanca toalla
el Señor, puesta en su hombro,
y una bacina con agua
para hacer el Lavatorio.

Púsose a los pies de Pedro
el Señor para lavarlos.
Al punto se arrojó al suelo
diciendo: maestro amado,
eso yo no lo consiento.

Eso de lavar los pies
para mí, Señor, se queda.
Soy un pobre pescador
que vengo de baja esfera,
y Vos sois mi redentor.

Vos sois un señor tan grande,
y yo tan vil gusanillo
que, mejor prefiero antes
ser por las fieras comido
que consentir que me laves.

Lo mira el Señor y dijo:
si no te dejas lavar,
no me tendrás por amigo
y menos podrás gozar
del eterno paraíso.

Al punto se arrojó al suelo
diciendo: lava mis pies,
y todo mi cuerpo lava.
Señor, aquí me tenéis
vuestra voluntad se haga.

EL ENTIERRO

En el doloroso entierro
de aquel justo ajusticiado
que por culpas, y no suyas
quiso morir en un palo.

Las campanas clamorean
los insensibles peñascos.
Es bien que las piedras hablen
en tan lastimoso caso.

Viste el sol bayeta negra
y la luna monjil basto.
Capuces de tierra y cielo
que son del muerto creados.

La noche cubrió de luto
las laderas del calvario
y el templo pesar mostró
sus vestiduras rasgando.

Las hachas son amarillas,
que los celestiales astros
como vieron su luz muerta,
amarillos se tornaron.

De la Caridad vinieron
a enterrarle los Hermanos
y los de la Vera Cruz
con algunos del Traspaso.

Angustias y Soledad
al entierro acompañaron,
que era la Madre Cofrade
y la primera que ha entrado.

No vino la clerecía,
que de doce convidados
uno sólo se halló en él,
y era el discípulo amado.

Para amortajar el cuerpo
dio un piadoso cortesano
de limosna una mortaja,
de su inocencia retrato.

Hizo su madre el acetre
de sus ojos lastimados,
derramando agua bendita

y el Pater Noster rezando.

Con olorosos unguentos
ungen el cuerpo llagado,
de los vasos de sus ojos
mirra amarga destilando.

Llevan al difunto Dios
en los dolorosos brazos
con lamentables suspiros,
tristes lágrimas llorando.

Llegan al sepulcro ajeno,
y fue pensamiento sabio
que, para sólo tres días,
basta un sepulcro prestado.

Abrió el sepulcro la boca
y recibió a Dios temblando,
que las piedras, si comulgan,
han de temblar comulgando.

Alma, ven a las exequias
de Jesús, tu enamorado,
que yace, por tus amores,
muerto, herido y desangrado.

Mira sin luz a la Luz,
sin vida al que te la ha dado,
condenado el Salvador
por salvar al condenado.

Mira por ti a Jesús muerto,
y que muerto y enclavado
te dice: “Ay, esposa mía,
aunque me has muerto, te amo”.

Mira aquestos rojos pies
y aquestas sangrientas manos.
Mira este rostro escupido
y este cabello arrancado.

Mira aquesta boca herida
y aqueste cuerpo azotado,
y esta cabeza sangrienta
y este pecho lanceado.

Yo te perdono mi muerte
como llore tus pecados,
que estoy, para perdonar,
aunque muerto, no cansado.

Cesen ya las sinrazones,
alma, basta lo pasado,
que será hacer de tus yerros
otra lanza y otros clavos.

Acábense con mi muerte
tus culpas y mis agravios
porque es ofender a un muerto
de corazones villanos.

De tus culpas y mis llagas,
los dos quedaremos sanos,
si derramas sobre ellas
mirra de sabor amargo.

Alma, mis heridas cura
con este bálsamo santo,
y las tuyas, que tú hiciste,
las podrás curar llorando.

En el plato de tus ojos
dame manjar de tu llanto,
y podrás decir que un muerto
pudo dar vida a este plato.

Ámame tú como debes,
y viviremos entrambos;
tú enterrándote conmigo
y yo en ti resucitado.

LOS DOLORES

Cuando presentáis a Dios
Mucho Madre os martiriza
La espada que a El y a Vos
Simeón os profetiza.

Madre llena de dolor,
Haced que cuando expiremos
Nuestras almas entreguemos
En las manos del Señor

Por no ver tan tierno, muerto,
Infante al Dios que nos cría,
Huyen ¡qué pena! al desierto
Jesús, José y María.

Madre llena de dolor

Yo sin Jesús voy perdida,
¿dónde estás, mi dulce centro?
Tres días vivo sin vida,
Pues la busco y no la encuentro.

Madre llena de dolor

Al ver a mi Hijo, fieles,
Por la calle La Amargura,
Llamadme llena de hieles,
Aunque soy vida y dulzura.

Madre llena de dolor

Duros hierros mortifican
A mi Jesús sin razón
Más ¡ay!, también crucifican
Sus clavos mi corazón.

Madre llena de dolor

En los brazos de la aurora
Sin vida el rubio arrebol,
Triste cisne, canta y llora
La muerte del mejor sol.

Madre llena de dolor ...

Si el sepulcro me cerráis
Dejad sepultura abierta
Para mí, que si enterráis
A Jesús, María es muerta.

Madre llena de dolor

LAS ALBRICIAS

Subid, compañeras mías
de rodillas al altar,
a pedir a esa Señora
licencia para cantar.

Coged, hermanas, la Virgen,
¿A dónde la llevaremos?
A la calle la Amargura,
donde a su hijo encontraremos.

Coged, hermanos, la Cruz,
que muy poco os pesará.
Con su poder infinito
Ella os ayudará.

Sois más hermosa, María,
que las hojas de un laurel,
la Dios te salve te guía
y el arcángel San Gabriel.

¡Oh, qué mañana de Pascua
tan maja y tan re florida;
Hasta las aves del campo
daban gracias a María.

¡Oh, quién os vio, Virgen pura,
día de tanto dolor,
y quién os ve esta mañana
Pascua de Resurrección.

Pascua de Resurrección,
pascua de grande alegría,
que ha resucitado Dios
de entre las gentes malignas.

Todas estas doncellitas
que salimos a la calle,
vamos buscando a Jesús
y acompañando a su Madre.

Por allí viene Jesús,
aquí le aguarda su Madre,
Échese la gente a un lado,
que desean saludarse.

Hele aquí por dónde viene
el Redentor de las almas.
Viene vestido de blanco,
trae bandera colorada.

Hele aquí por dónde viene
el capitán valeroso.
Ha salido del sepulcro
muy alegre y victorioso.

Mírale, Virgen, si es Él,
aquel que le maltrataron,
trae bandera de victoria
recogiendo a sus soldados.

En la cruz se han juntado
María y el Redentor,
en la Cruz se han juntado
Pascua de Resurrección.

Pascua de Resurrección,
pascua de grande alegría,
que ha resucitado Dios
de entre las gentes malignas.

Buenos días tengáis, madre,
santas pascuas, Reina mía,
erais vos la que llorabais
hace muy poquitos días.

Visteis vuestro Hijo muerto
entre las gentes malignas.
Hele aquí resucitado,
Virgen, al tercero día.

¡Oh, qué mañana de Pascua!
¡Oh, qué mañana de flores!
¡Oh, qué mañana de Pascua
ha amanecido, señores!
¡Oh, qué mañana de Pascua!
sale el sol entre las ramas.
Son enebros que la cubren
a la Virgen soberana.

Descubre, Virgen, el manto,
pues ya lo descubre el sol,
es un rostro dulce y bello
que se lleva el resplandor.

Quiten el manto de luto,
mayordomos, a María,
quítenle el manto de luto,
póngansele de alegría.

Alredor de este árbol santo,
señores, hemos de andar.
Aquí está la capitana
que venimos a buscar.

Con esa toca de seda
los encajes de oro son;
pareces emperadora,
Madre de Nuestro Señor.

Con esta toca de seda,
los encajes de oro fino;

pareces emperadora,
Madre del Verbo Divino.

Yo, como la más pequeña,
no desprecio mi valor.
Saque la mano la Virgen,
échenos su bendición.

Saque la mano la Virgen
y alargue sus cinco dedos;
tomad ese ramo hermoso,
dádsele al rey de los cielos.

Desde medianoche andamos
por esos valles perdidas,
y ahora que os encontramos
os damos nuestras albricias.

Albricias ¡Oh, Virgen pura!
de vuestro Hijo bendito.
Desde el viernes por la tarde,
Señora, no lo hemos visto.

Tres días le habéis buscado
sin encontrarlo hasta hoy.
Vedle ahí, triunfante y bello.
Pascua de Resurrección.

A todos daremos pascuas
y al señor cura el primero,
porque enseña la doctrina
y nos inclina a lo bueno.

A todos daremos pascuas
y también al sacristán,
a la señora justicia
y a todos en general.

Regina coeli letare,
aleluyas han cantado,
aleluyas, Virgen pura,
que Cristo ha resucitado.

Repiquen esas campanas,
levanten la procesión,
levanten la cruz de plata,
y el encarnado pendón.

Camine toda la gente,
camine con devoción,
que llevamos a María

y a su hijo en procesión.

¡Oh, qué puertas tan doradas!
Desde lejos relucían.
Para entrar a ver a Dios,
cristianos, haced de guía.

Entra María en su casa
y también las blancas flores.
Quiera Dios que al cielo vayan
las almas de estos señores.

Tomemos agua bendita,
digamos la confesión,
hinquémonos de rodillas,
pidamos a Dios perdón.